

que los que della son ministros, son también señores, y más se sirven della que la sirven.

MAURICIO.

Suspéndeme infinito, y justamente me suspende el ver en Madrid tanto edificio nuevo, y luego ocupado, nácenle cada año nuevas calles; y las que ayer fueron arrabales, hoy son principales, y tan ilustres, que aquí está la elección ociosa, porque todo es igual. En cualquier rincón veréis mujeres que sus caras agradan y su compostura admira, de modo que en Madrid aún no se consiente el desaliño en los rincones.

ROSELIO.

Una sutil admiración quiero comunicaros: nada me admira más que el ver tales demandas fingidas y logradas. Yo conozco una mujer que ha veinte años pide para el rescate de su padre que está cautivo, y á título desta falsa esclavitud pasa su vida ociosamente, y se debe de haber comido los más años cantidad que bastara á ser rescate de un hombre de bien, y que fuera útil á la república, siendo su estómago avestruz de rescates y un Argel de cautivos, pues por lo que él ha comido con ociosidad y glotonería, están ellos detenidos en miserable y desesperada prisión. Otro pedía un coche prestado, que ya esta era demanda y fundamento de muchas; ocupábale de algunas amigas de buen parecer, y paseándose con ellas las calles públicas, pedía á todas las personas de buen hábito que encontraba para ayuda á pagar aquel coche que había comprado, como si fuera vestido ó lámpara de imagen; dióse tan buena diligencia, que con el dinero que juntó en un mes pudiera pagar la carroza y caballos del sol. Mas como la flor se hiciese común, por dar en manos de otras, cansó el lugar y vinieron á quedar igualmente despreciadas y corridas. Pero ¿para qué reduzco mi discurso á tan breve campo? Tantas demandas andan por el lugar como mujeres, porque todas piden, y algunas con tanto rigor, que parece que aquella demanda pasa ante la justicia, y hacen fuerza lo que no tiene más fundamento que ser cortesía y gracia.

FELINO.

Nobilísima admiración recibo cuando miro aquí tantas naciones diversas en lengua y traje, y aun opuestas por sus mismos climas, vivir en pacífica correspondencia. ¿Qué Orfeo canta en medio desta bellísima población que tiene unidos en paz los lobos y los corderos? ¡Oh, epílogo del mundo!, quien sabe examinar tus maravillas, y pasea tus calles, como con los pies con el entendimiento, sin hacerse ridículo, podrá decir que ha dado vuelta á todo el orbe.

CLAUDIO.

También vos os ponéis en chapines y desvanecéis el discurso; bajémonos un poco. Cuatro repúblicas, todas compuestas de humildes miembros, admiro yo para mi entretenimiento en este lugar. Una es la de las mujeres place-

ras, comunmente llamadas regatonas, á quien, sin ofensa de su decoro, llamo república libre; éstas, pues, senadores de la insolencia y magistrados del licencioso lenguaje, me entretienen cuando sobre pequeños intereses se dan la batalla. Tened por infalible que cuando yo veo armada la cuestión dejaré el lado de cualquier gran señor por detenerme á oillas, porque la plaza de Madrid es teatro admirable, y para representantes de un entremés ningunos mejores ni más entretenidos.

ROSELIO.

Compañeros tenéis en tan buen gusto; yo no me aparto hasta que las veo tirar las pesas, y, según las razones que se dicen, aquello es lo menos pesado que pasa entre ellas.

MAURICIO.

Suelo yo reirme mucho cuando, después de haber hecho una destas cien pesos falsos en un día, llama un ciego y le hace que rece una oración por las ánimas del purgatorio, como si la suya, que está ya en el infierno, estuviera capaz de tener correspondencia con ellos. Si oye rezar la pasión de Cristo, se enternece y llora con los ojos, al mismo tiempo que está robando con las manos; y, finalmente, ellas son tales que engañan á los despenseros sucesores de Judas; con que he llegado al mayor de los hipérboles.

CLAUDIO.

La otra república es la de los ciegos recitantes y cantores de coplas; ésta la llamo yo la desalumbrada, así porque están privados de la vista corporal, como ellos dicen, y con ella del gozo deste hermosísimo planeta, fuente de luz, como por los graves desalumbramientos y errores que en sus coplas dicen. Sus muchos visajes y grande satisfacción con que procuran darse á entender, harán cosquillas á un tahir después de haber perdido su dinero, aunque digo mal, que quien se ocupa en el juego no puede alcanzar tan buen gusto; éstos tienen mayor potestad que un eclipse, porque cuando quieren que haya habido mortandad en el reino de Persia, la fingen, debiéndoles agradecer mucho que se van á matar lejos de nosotros, y que aun en aquella invención no quieren darnos parte. Sacan las mentiras de molde y admiran los labradores de la comarca, que estas son las historias en cuyo estudio se ejercitan.

ROSELIO.

Dejaldos vivir con su ingeniosa pobreza, y agradeceldes que busquen con trabajo de cuerpo y espíritu el sustento que les habíamos de dar de limosna. Haced apologías contra otros que sean más sabios ó más valientes; para que así os puedan responder, ó con la pluma ó con la espada.

CLAUDIO.

Llamo yo tercera república...

ROSELIO.

Llamad vos como más fuéredes servido, que por ahora habéis de entretener vuestro discurs-

so; á mí me llama otro de mayor importancia. Prevenid lágrimas y sentimiento, pues sois sabios, y como tales deseosos del bien común. Poned los ojos en el premio de tantos indignos, y en el olvido de infinitos varones eminentes. Crecen los edificios, auméntase el número de los ciudadanos y la corona de la virtud es menor cada día. El gasto opulento, la soberbia pompa, sólo debida al decoro, á la deidad terrena de los reyes, hoy se desprecia, hoy se profana. Las honestas vírgenes, que mientras dieron á la belleza corporal con la virtud del ánimo más lucidos resplandores, no hallaron esposos, que sin reparar en su pobreza fuesen premio de su castidad y abrigo de su desamparo. Después que, obligadas de la miseria de su fortuna, aplaudieron al torpísimo deleite de de los que haciendo al oro esclavo de sus vicios y tirano de las virtudes compraron con él su honestidad, entonces, al nombre de la riqueza, hallan muchos que las ayuden á llevar el peso de la infamia; parece que con esto se pone á la culpa alas, á la sinrazón espuelas, y que todos consentimos en este vil ejercicio. Duérmense las leyes, ó por lo menos callan, porque la costumbre que las deroga y destierra á todas, se opone, se atreve á su resistencia.

FELINO.

Escuchad, por Dios; ¿adónde os lleva el enojo? ¿por qué tomáis la parte que no os toca? Advertid que habéis traducido nuestras razones familiares en reprensiones severas, y que estáis en la calle y no en el púlpito.

ROSELIO.

El conocimiento de los errores de la república y su justo desprecio y aborrecimiento, no es de jurisdicción particular.

FELINO.

Así es verdad; pero no podéis negarme que tan pública censura requiere años más graves que los vuestros y vida más acreditada; que los consejos, aunque sean más provechosos, se hacen ridículos en quien aconseja que se obedezcan desobedeciéndolos.

ROSELIO.

Ofenderme á mí en particular por la defensa de lo que en común dije y á vos no os lastima, es querer apresurar los pasos medidos de mi modestia, y dar ocasión á que responda la cólera en boca donde siempre estuvo la cortesía.

MAURICIO.

Escuchad al oído, Roselio. Sabed que, aunque sin intento malicioso, le habéis herido á Felino cruelmente, porque tiene dos hermanas que se acuerdan de haber sido vírgenes y quieren que nos olvidemos de que no lo son. El se va y sin despedirse; grandes señales de nublado.

ROSELIO.

Antes de ese modo se despide de una vez para toda la vida, y os aseguro que, después que soy mirón cortesano, ningún día he hallado

tanto que mirar con admiración como hoy, considerando que se ocupe en ser mirón un hombre que es tan para mirado de los mirones, pues quien tiene de sus puertas adentro tantas manchas que lavar, no sé yo por qué jabona las de su prójimo, dejándolas con esto más manchadas.

CLAUDIO.

¡Bueno, por vida mía! ¿Luego pensáis que ninguno es tan libre mirón que deja de tener algo en que repare la vista de los otros? Pues para que salgáis de ese engaño, miraos á vuestros pies, que los tenéis tan grandes que bastaban para testigos de vuestra ignorancia, cuando no hubiérades hablado tantas.

ROSELIO.

Eso os deben agradecer los que fueren mirones de vuestra persona, que no habrán menester bajar la vista á buscaros la falta á los pies, porque la encuentran en la cabeza.

MAURICIO.

Teneos por Dios, no desnudéis las espadas; mas este negocio está en estado que no tiene otro medio. Siempre conversaciones tan perjudiciales tuvieron los fines tan infelices.

## 66

### IV.—El Tribunal de los Majaderos.<sup>1</sup>

*Diálogo en verso.*

INTERLOCUTORES:

MONSEÑOR CÉSAR; GANASA, su criado.

MONSEÑOR.

Tengo de oír á todo majadero.

GANASA.

¿Á todo majadero?...

MONSEÑOR.

Á todo, á todo;

¿no lo experimentáis, pues que os escucho?

GANASA.

¿Majadero soy yo?

MONSEÑOR.

Sí, hermano, y mucho;

todo lo que dudastes en creello, os habéis aumentado más en ello. ¿Pensáis que yo me libro deste título?... Pensáis mal, que por ser yo tan partícipe os sufro como á próximo y hermano, porque esta es caridad de hombre cristiano. Haced la audiencia pública: esa puerta, como el grande, el pequeño, la halle abierta, que hoy vengo á escuchar quejas de casados.

<sup>1</sup> En la *Casa del placer honesto*. Madrid, 1620.

GANASA.

Pues que escuches á todos es forzoso;  
porque todo casado está quejoso.

MONSEÑOR.

Mira bien lo que dices.

GANASA.

Esto siento;  
que está como de parto un casamiento,  
porque siempre señor se está quejando.

MONSEÑOR.

Rasguños de ingenioso vas mostrando.

GANASA.

No es menester para esto mucho ingenio,  
que ellos mismos lo dicen tan á voces,  
que en oyendo gritar en una casa,  
presumo que son voces de casados,  
que sólo en esto son bien entonados.

MONSEÑOR.

Cuando yo de mi mano te quería,  
de mi propia elección dar una esposa,  
¡miras al casamiento con disgusto!

GANASA.

Es por anticipar el descontento  
que después me ha de dar el casamiento.

MONSEÑOR.

Haz que vayan entrando.

GANASA.

He despedido  
la audiencia y memoriales recibido,  
y no tan sólo son matrimoniales,  
que entra de todo vulgo toda plebe.

MONSEÑOR.

Ved lo que un necio á recibir se atreve.  
Al fin, al fin pretendes gobernarme,  
desde hoy al majadero has añadido  
el achaque de ser muy presuntuoso;  
conque eres majadero confirmado,  
título que tú mesmo te has ganado.  
Empieza á leer.

GANASA.

Podré sin ningún miedo,  
que de título tal es preminencia  
tener en cualquier casa confianza.

MONSEÑOR.

Tu serás el maestro de la danza.

GANASA.

Por este memorial refiere un hombre,  
que ha leído seis años en escuelas,  
y que porque decía en cualquier cosa  
«este lugar», yo sólo le he entendido  
algo vanaglorioso y atrevido.  
Tu alguacil denunció, y el juez que tienes  
puesto para este caso en Salamanca,  
sin dejarse informar de su persona,  
le dió de majadero la corona;  
él apela del auto y te suplica...

MONSEÑOR.

¡Oh, qué gran majadero! ¿Qué replica?  
Confirмо la sentencia, y más le mando,  
que majadero público se llame,  
cosa que en esta edad es poco infame,  
que traiga las insignias descubiertas;  
de majadero le ordenad, hermano.

GANASA.

¿Cuáles son?

MONSEÑOR.

Tener poca cortesía,  
y á todos despreciar con fantasía;  
decilde más, que no sienta desprecios,  
que es la mayor fineza de los necios.

GANASA.

¿Así tratas, señor, á un licenciado,  
que fué por su dinero graduado?

MONSEÑOR.

Si, como su dinero en esa ciencia,  
graduado le hubiera suficiencia,  
estimárale yo, sirviente mío;  
pero si compró el título de sabio,  
que también se ha hecho hoy mercadería,  
intitularse la sabiduría:  
¿queréis que estime yo por estudiante  
al que fué de las ciencias trujamante,  
y que yendo á la feria de los grados,  
el mejor escogió por su dinero,  
feriando el ser letrado y majadero?  
Proseguid adelante.

GANASA.

Aquí te ruega  
un casado, que mandes que su esposa  
á todos no parezca tan hermosa.

MONSEÑOR.

¿Osteis vos mayor majadería?  
¿Puedo yo poner límite á los ojos  
de los que la miraron con buen gusto?

GANASA.

El pide lo imposible, mas lo justo,  
que era puesto en razón, que no inquietara  
la mujer al marido con su cara,  
brindando á todo el pueblo su belleza.

MONSEÑOR.

Señor, que baje á todo la cabeza.

GANASA.

Gentil auto.

MONSEÑOR.

Pues qué ¿no está casado?  
Otro modo no sé de consolalle,  
porque á mí no me toca el descasalle.

GANASA.

Señor, lo que él pretende es que la mandes  
que no salga de casa, sino á misa,  
en los días de fiesta y con el alba.

MONSEÑOR.

Á ese hombre le condeno á tener calva,  
porque siendo celoso con extremo,

GANASA.

Este querella da de sus estrellas.

MONSEÑOR.

Pues según eso, ya la causa es mía,  
que tal querella es gran majadería.

GANASA.

No puede más consigo, gime y llora,  
y llama á la tirana su señora.

MONSEÑOR.

Ya esa es bestialidad inexcusable;  
no le llamen amante, sino bestia;  
amar un hombre es natural efeto;  
mas dejarse rendir tanto del vicio  
es tomar de las bestias el oficio;  
barra con una cola todo el suelo,  
y si volviere á contemplar al cielo,  
pídale que le saque de ser bruto.

GANASA.

Por un desdén se puso anoche luto.

MONSEÑOR.

El mercader dé gracias á la dama,  
de donde compró el necio la bayeta;  
salgamos de entre gente de esta seta.

GANASA.

Por esta petición (caso notable).

MONSEÑOR.

¿De cuándo acá sois vos espantadizo?  
¡Oh, cuánto la señal me satisfizo!,  
que también sois en eso majadero.

GANASA.

¿Y vos en dar porradas?

MONSEÑOR.

El primero:  
proseguid.

GANASA.

Yo prosigo: dice este hombre,  
que no es bien majadero se le nombre,  
porque habiendo fiado á unos amigos  
que hoy hacen burla dél, está desnudo.

MONSEÑOR.

Eternamente le condeno á mudo,  
que hombre que dice necedad tan grave,  
tiene como demás el instrumento,  
con que forma la voz y hiere el viento.

GANASA.

Eso es quitar un majadero al mundo.

MONSEÑOR.

Hartos le quedan para su consuelo.

GANASA.

Este era un mentecato de buen celo,  
y menor el castigo merecía,  
que fué visóna su majadería;  
conmútale la pena en otra cosa,  
que el quitarle que hable libremente  
es mandarle que sea inobediente.

en su cabeza deje más espacio,  
para que allí le salgan sus temores  
y venga á coger fruto destas flores.

GANASA.

Él no quiere, señor, aunque ella quiere.

MONSEÑOR.

Pues será como ella lo quiere;  
y es necedad hacella resistencia,  
pues siempre el intentar lo no posible,  
una locura fué desapacible.  
Leed otra petición: ¡por vida mía  
que bastaba á ocuparnos todo un día!

GANASA.

¿Cómo? Las quejas de cualquier casado,  
el que está más gustoso, más contento,  
te ocuparan mil siglos, mil edades.

MONSEÑOR.

¿Blanco he de ser de tantas necedades?

GANASA.

Por esta petición ha denunciado  
tu fiscal de un hidalgo muy honrado,  
que estando en opinión de noble y limpio,  
con cierta pretensión lo ha puesto en duda,  
que pensando con ella acrecentarse,  
con ella propia vino á difamarse;  
pide que le declares, y él resiste.

MONSEÑOR.

Declárole por hombre necio y triste;  
mas por hacer más grave su veneno  
á ser hombre entendido le condeno.

GANASA.

Él lleva buen despacho.

MONSEÑOR.

Bien lo entiendes,  
si así todas las cosas aprendes,  
de majadero bajas á ser necio,  
que aún es infamia de mayor desprecio.

GANASA.

Por este memorial un hombre intenta  
el defender que no es majadería  
el malquistarse por decir verdades.

MONSEÑOR.

Este epflogo es de necedades;  
salga por majadero declarado,  
y dispénsole todo el noviciado,  
que desde luego queda por antiguo.

GANASA.

No se le diera nombre más ambiguo.

MONSEÑOR.

Esto es justicia; prosegui adelante.

GANASA.

Por éste se querella cierto amante.

MONSEÑOR.

Siempre son los amantes querellones;  
á la sala del crimen vayan todos,  
que es adonde se escuchan las querellas.

MONSEÑOR.  
Por la negociación, ¿que te da?

GANASA.  
Nada.

MONSEÑOR.  
Interceder de balde no se usa,  
con lo que más te abonas, más te acusa;  
por ti restituirle el habla quiero,  
ya que no puede el ser bien entendido.

GANASA.  
Ya él está á ser muy necio consolado.

MONSEÑOR.  
Pues nada puede hacelle desdichado.

GANASA.  
Llámale su mujer, perdido, loco,  
destrucción de su casa.

MONSEÑOR.  
Razón tiene,  
de justicia su cólera previene;  
conmútole la pena en que la sufra.

GANASA.  
Llamas conmutación lo que es gravamen,  
y castigalle con mayor exceso:  
estarale más bien quedarse preso.

MONSEÑOR.  
¿Pretendéis vos que haga una injusticia  
dejando sin castigo á un delincuente?  
Quede por vos con nombre de inocente.

GANASA.  
Y á su mujer, ¿qué mandas?

MONSEÑOR.  
Yo no intento  
quitarle á una mujer su sentimiento.

GANASA.  
¿Y si gritare?

MONSEÑOR.  
Oficio es que la toca;  
su espada la mujer tiene en la boca.

GANASA.  
Pondrá en ella las manos, y aun las plantas.

MONSEÑOR.  
Ella plantará en él también raíces,  
que siendo de la casta de la luna,  
suben derechas á encontrar con ella.

GANASA.  
No tiene el hombre tan dichosa estrella.  
Por este memorial, dice un gracioso,  
que por decir donaires ha perdido  
ocupar un lugar muy eminente  
con envidia y aplauso de la gente;  
el vulgo le condena á majadero,  
y apeló para ti.

MONSEÑOR.  
¿Qué bien apela!

Ese, haciendo su gusto, se consuela.

Mas esperad, que resta una pregunta:  
ese hombre, ¿tiene hacienda?

GANASA.  
Y no muy poca.

MONSEÑOR.  
Juzgadle vos por sabio y por dichoso,  
pues se libró de vano y ambicioso;  
graceje enhorabuena y sin cuidados,  
pase la vida en dulce paz, en ocio,  
que éste es de todos el mayor negocio.  
De la instancia le absuelvo, y al vulgacho  
en ordinarias costas le condeno.

GANASA.  
¿Cuáles son?

MONSEÑOR.  
En las costas de ignorante.

GANASA.  
Muy bien puede pagar y quedar rico.

MONSEÑOR.  
Siempre las penas al caudal aplico.

GANASA.  
En esta petición está acusado  
un hombre del fiscal.

MONSEÑOR.  
¿Y qué le impone?

GANASA.  
Por majadero sumo le propone.  
La razón es que, dando en arbitrista,  
gobernar quiere el mundo por ideas,  
que acá en la ejecución son imposibles.

MONSEÑOR.  
Estos son majaderos muy terribles,  
y aun tal vez suelen ser perjudiciales;  
haced vos que le pongan un cencerro,  
porque aun el mismo són diga su yerro.

GANASA.  
Sabrase resistir con valentía.

MONSEÑOR.  
Esa será mayor majadería,  
y vendrá con su misma resistencia  
á confirmarse él propio la sentencia.

GANASA.  
Á una mujer acusan, porque intenta  
ser de todos los hombres venerada,  
y recibir, sin que la pidan nada;  
otra quiere hablar de noche y día,  
pasear las calles, profanar los templos,  
y, sembrando de sí tales ejemplos,  
pretende conservar honesta fama.

MONSEÑOR.  
¿Eso no sabeyes vos cómo se llama?

GANASA.  
Señor, majadería.

MONSEÑOR.  
No, mi hermano.

GANASA.  
¿Pueés cómo?

MONSEÑOR.  
La respuesta está en la mano:  
bizarra desvergüenza, desenfado,  
insolente, atrevido y descarado;  
al fin no soy su juez, yo las remito,  
que es muy grave y pesado este delito.

GANASA.  
¿Á quién toca la causa?

MONSEÑOR.  
Á los mirones,  
á aquellos que en la corte son curiosos,  
y viven ocupados siendo ociosos.

GANASA.  
Este es un padre que casó á una hija,  
y, dándola riqueza innumerable,  
él se quedó á pedir de puerta en puerta  
con que á la necesidad la dejó abierta.

MONSEÑOR.  
Por echarla de casa muy bien hizo,  
que un hospital sin hija es más suave  
que un alcázar con hija, yo le abono,  
y por hombre prudente le coronó;  
vamos, pues, adelante.

GANASA.  
Ya no puedo,  
porque los majaderos se acabaron.

MONSEÑOR.  
Plugiera á Dios, y yo perdiera un ojo,  
que esta es semilla de mayor despojo.

GANASA.  
¡Digo los que me dieron memoriales!

MONSEÑOR.  
¿Pues los demás no fueron importunos?  
¿no son los majaderos todos unos?  
¿También en esto hay su más y menos?

GANASA.  
En siendo majaderos, no son buenos.

## 67

V.—El Comisario contra los malos gustos.<sup>1</sup>

*Salen ALEJANDRO el COMISARIO y MARCELO, portero de su audiencia. ALEJANDRO vestido con capa y gorra de letrado y una vara de juez en la mano.*

ALEJANDRO.  
Soy comisario del divino Apolo  
contra los malos gustos de la gente.

MARCELO.  
Traéis la comisión muy dilatada,  
que apenas hallaréis buen gusto en nada.

<sup>1</sup> En la novela titulada *Fiestas de la boda de la incasable malcasada*. Madrid, 1622.

ALEJANDRO.  
Ya el alguacil, mi amigo, se ejercita  
en buscar delincuentes.

MARCELO.  
¿Vuestro amigo  
llamáis al alguacil? Grande fineza,  
y si os mortificáis, suma pobreza.

ALEJANDRO.  
Empecemos la audiencia, que ya viene.

MARCELO.  
Bien lo dicen, señor, tan grandes voces,  
que ningún alguacil viene callado.

ALEJANDRO.  
Es por autorizar la diligencia  
y hacer del servicial en mi presencia.

*Entran el ALGUACIL, FABRICIO y DON TEODORO.*

DON TEODORO.  
Yo soy muy caballero.

FABRICIO.  
Gentil bruto.  
Quitad el muy, quedaos con caballero,  
y seréis caballero verdadero.

DON TEODORO.  
¿Cómo!, ¿que á mí me prendan por mal gusto,  
y que por mí se empiece la visita?

ALEJANDRO.  
Porque la solemnice vuestra grita.

DON TEODORO.  
¿Que yo tengo mal gusto?

ALEJANDRO.  
Al caso, al caso.  
Referid vuestro gusto y sed muy breve,  
porque siquiera en esto le tengamos:  
á difícil principio os obligamos.

DON TEODORO.  
Mi gusto es levantarme á medio día  
y ver nacido al sol, y muy nacido:  
nunca verle en pañales he querido.  
Doy en mi cuello al rostro sepultura,  
por no facilitarme á los vulgares;  
cómo á más de las tres, y muchas veces  
me admiro que aun entonces no he comido,  
mas tengo mayordomo prevenido.  
Ceno con las risadas de la aurora,  
y á veces hago cena sus risadas,  
que, para cena, son poco pesadas.  
Retírome á la cama, y blandamente  
me entrego al sueño sin pensar en cosa.

ALEJANDRO.  
Suma bestialidad, pero dichosa.

DON TEODORO.  
En decir pesadumbres tengo gusto,  
y más que no en decillas y en hacellas,  
aunque no todas veces salgo dellas.  
Gusto siempre de andar en coche, en silla,  
que tengo pocas luces de jinete;

hablo adrede descuidos ignorantes,  
dando á entender que estoy muy divertido,  
que aun desto quiero hacer caballería.

ALEJANDRO.

Bien pocas veces hablaréis adrede:  
esto por natural en vos se quede.

DON TEODORO.

Item más.

ALEJANDRO.

Qué, ¿aún os queda otro pecado?

DON TEODORO.

Advertid si este gusto es regalado.  
Si tengo alguna deuda, que sí tengo,  
que está en la platería mi linaje,  
aunque tenga más oro que los Ingas,  
nunca pagué sin ser ejecutado;  
que yo pago las décimas con gusto,  
porque de ser importunado gusto.

ALEJANDRO.

Dime, hombre, si tienes al oído  
algún demonio ejecutor de engaños  
que te aconseja tan perversos daños.  
¿Este llamas buen gusto, éste es deleite?  
¿Qué de penalidades has contado!  
¿Quién se acomoda á ser tan desdichado?  
Ministro, el mi alguacil, oid, sea luego:  
á las galeras le llevad de Apolo,  
que aun tendrá puesto al remo menos pena  
que aquella á que su estrella le condena.

DON TEODORO.

Á galeras jamás llevan los nobles.

ALEJANDRO.

Mal habéis nuestra audiencia conocido:  
aquí no hay más nobleza que buen gusto.

DON TEODORO.

Si aquí no se platica otra nobleza,  
sin duda estoy con voz en gran bajeza.

(Váuse el ALGUACIL y DON TEODORO.)

ALEJANDRO.

¿Qué os parece del bárbaro?

MARCELO.

Me admira.

¡Libreme el cielo de un error tan necio!,  
que si él no me tiene de su mano,  
por gusto será de mí tirano.

(Entran el ALGUACIL y el MALDICIENTE.)

¿Otro viene á visita?

MALDICIENTE.

¡Gentil cosa,  
pretender censurar el gusto mío  
y ser legislador de mi albedrío!

ALEJANDRO.

¿Quién sois?

MALDICIENTE.

El mejor gusto de la corte.

ALEJANDRO.

¡Oh, qué poco lo habéis encarecido!

MALDICIENTE.

¿Pues yo me acuso dél? No le consiento.

ALEJANDRO.

Vaya de gusto.

MALDICIENTE.

Vaya norabuena.

Mi gusto es no tener en nada gusto  
de cuanto hacen ó dicen otros hombres,  
y aun me ofenden las flores y las luces.  
Murmuro yo de Abril las galas bellas,  
y censuro el ornato en las estrellas.  
Cuanto se representa en los teatros,  
sin saberlo imitar, lo escandalizo,  
que me precio de ser escandaloso.

ALEJANDRO.

Decid: ¿pretendéis gajes por gracioso?  
Hablad de veras.

MARCELO.

Él se está burlando.

MALDICIENTE.

¡Vive Dios, que de veras voy hablando!

ALEJANDRO.

Hombre, vete á vivir entre los áspides;  
vomita tu veneno con las serpentes,  
y no quieras, cual falso cocodrilo,  
emponzoñar la corte con tu estilo.  
¿No vives despreciado y miserable?

MALDICIENTE.

Antes muchos me aplauden y hacen fiesta.

ALEJANDRO.

¡Que se haga aplauso á lengua tan molesta!...

MALDICIENTE.

Sígueme gran cortejo de mozuelos,  
que dicen que hablo mal con muy buen gusto,  
y juran que no hay gusto más suave.

ALEJANDRO.

¡El diablo que lo enseña, te lo alabe!

ALGUACIL.

¿Qué hemos de hacer deste hombre peligroso,  
pues son peligros todas sus razones?

ALEJANDRO.

Échale á un muladar, para que vea  
cuán bien en tal lugar su lengua emplea.  
Dime: y á todos esos tus oyentes,  
¿sueles corresponder agradecido?

MALDICIENTE.

Mas en ellos mi lengua se ejercita,  
de sus costumbres bien asegurada,  
que hablar mal, con verdad, aun más me agrada.

ALEJANDRO.

¿Cómo todos perdonan tu semblante?  
¿Cómo en él no han plantado muchas cruces  
si á tan vil ejercicio te reduces?

MALDICIENTE.

¿Cómo han de castigar lo que es gracioso  
y que ya está por gusto recibido?

ALEJANDRO.

El juicio he de perder. ¡Que gusto sea  
ocupación tan vil, tan baja y fea!  
Échale una mordaza á este blasfemo,  
y pintalde una lengua entre unas llamas  
en un escudo, y sirva allí de aviso:  
volad, que aquí es pecado el ser remiso.

(Váuse el ALGUACIL y el MALDICIENTE.)

MARCELO.

Muerto me deja este hombre.

ALEJANDRO.

Á mí corrido,  
de no haberle á más pena condenado.

MARCELO.

¡Qué de agua que sudas por la frente!

ALEJANDRO.

Si tuve cerca el fuego de la envidia,  
forzoso fué sudar con tanto fuego,  
y aun estoy por decirte que me abraso.

MARCELO.

No levantes la voz: escucha, paso.  
¿Quién viene aquí?

LISONJERO.

Un hombre de buen gusto.

(Entran el ALGUACIL y el LISONJERO.)

MARCELO.

Haceos el alabaras sospechoso.

LISONJERO.

Por lo menos mi gusto es venturoso.  
Yo todo soy panal, yo todo almíbar,  
y mucho más con gente poderosa;  
aun á lo irracional, hablo suave,  
que á un perro dije ayer que parecía  
hijo de la canícula del cielo;  
y con ser más sangriento que apacible,  
dió perdón general á mis zancajos,  
que hablar bien aun excusa estos trabajos.  
Como á lo irracional, á lo insensible,  
suelen ser agradables mis razones,  
porque pasando yo por una casa,  
cuyo edificio amenazaba ruina,  
la solía decir tierno y sonoro:  
«¡Oh milagro del tiempo! ¡Oh gran materia  
de alabanza á las plumas generosas!  
Si los siglos pasados te alcanzaran,  
con voces de metal te celebrarían.»  
¿Perdí este sacrificio? No, por cierto;  
porque un día aguardó á que yo pasase,  
y tendiendo su máquina en el suelo,  
cogió á muchos debajo de sus redes,  
que el buen lenguaje aún le oyen las paredes.

ALEJANDRO.

Vos tenéis muy mal gusto.

LISONJERO.

Desto cómo;

ALEJANDRO.

Pues no le llaméis gusto, sino oficio,  
que á tenerlo por gusto fuera vicio.

LISONJERO.

Demás de que me valen mis aumentos,  
tengo tan gran deleite en este estudio,  
que me salgo, si me hallo falto de hombres,  
á buscar á las plantas, y les digo  
infinitas lisonjas, cada día,  
sin mayor interés que hacer mi gusto.

ALEJANDRO.

¡Jesús, Jesús! ¡Tenedme, extraño susto!  
Ser uno por oficio lisonjero,  
y hacer de los oficios pan y carne,  
debe disimularse en la pobreza;  
mas hacerlo por gusto, es gran vileza.  
¡Oh vil lisonjerón! ¡Oh torpe ingenio!,  
yo te condeno á muerte.

ALGUACIL.

¿Cómo á muerte,  
si al maldiciente le dejaste vivo?

ALEJANDRO.

El crimen desté es caso más esquivo;  
tal vez un maldiciente pone miedo  
y enmienda la república de vicios,  
porque hace con su lengua sacrificios;  
pero el halago vil de la lisonja  
humilla magistrados, rompe leyes  
y ensordece las almas de los reyes.  
¡Muera por el delito!

MARCELO.

Sólo quiero...

ALEJANDRO.

Dí, que daré á tus ruegos grato oído.

MARCELO.

Que por esta vez quede perdonado,  
si no del todo, en menos castigado.

ALEJANDRO.

Conmútole la pena en que se case  
con una dama muy desvanecida,  
y en ella emplee todas sus lisonjas  
hasta dejarla dellas satisfecha.

LISONJERO.

Eso es llevarme á muerte más estrecha.  
Mandasme un imposible, y así quiero  
entregarme á los filos del acero.

ALEJANDRO.

¿Cómo que se ha excusado á tales bodas?  
¡Vive el cielo, que tiene ingenio raro!  
Por hombre de buen gusto le declaro:  
agora sí sois hombre de buen gusto.

LISONJERO.

En mi vida traté con juez más justo.

(Váuse el ALGUACIL y el LISONJERO.)

ALEJANDRO.

Démonos prisa: ¿no viene más gente?;  
que un comisario no ha de estar ocioso,  
pues trabaja el salario en su servicio:  
que es dar malas costumbres al oficio.

*Entran el ALGUACIL y el LINDO.*

ALGUACIL.

Aquí traigo...

LINDO.

No trae, que yo me vengo.  
¿Quién pudiera traerme á mí forzado,  
si el propio sol me mira con agrado?  
Yo sí que tengo gusto peregrino!  
Como nací tan bello, no desprecio  
del cielo sacro tan hermosos dones,  
y así adoro mis propias perfecciones;  
traigo espejo portátil: ved si miento.

*(Saca un espejo.)*

En él suelo mirarme á cada paso,  
y digo, vuelto al cielo: «Tú has querido  
tener retrato en mí muy parecido.»  
¿Cómo no han dicho aquí, Dios le bendiga?  
Mas como no son damas, no me espanto,  
que ellas, como me miran con deseo,  
hacen de bendiciones grande empleo.  
Todo mi gusto pongo en que se pierda  
una mujer por mí; notable gusto  
es escuchar sus lágrimas y quejas,  
y estar yo entre su fuego muy helado,  
que entonces suelo ser muy mesurado.

ALEJANDRO.

Si no es mi comisión contra los locos,  
¿para qué vino este hombre á mi presencia,  
perdiendo en vano el tiempo de la audiencia?

LINDO.

Tengo perrillos yo, tengo muñecas,  
y también regalillos y abanicos;  
antojadizo soy y melindroso,  
con no pequeña parte de hazañero;  
digo señora madre, y otras cosas  
que me parece á mí que son donosas.

ALEJANDRO.

¿Cómo ser hazañero has confesado?  
¡Más tienes de bellaco que de loco!

LINDO.

No me deleito en ese gusto poco:  
desmáyme muy bien cuando yo quiero,  
hago visajes, la color retiro,  
y al fin suelo volver con un suspiro.

ALEJANDRO.

Dadle á la corrección de los muchachos,  
el mi amado alguacil.

ALGUACIL.

¡Grave castigo!

ALEJANDRO.

No repliquéis, haced lo que os digo.

ALGUACIL.

Bien le pudiera echar vuseñoría  
condenación que fuera pecuniaria.

ALEJANDRO.

Muy á lo alguacil habéis hablado:  
¡vaya por vos en costas condenado!

*(Váuse el LINDO y el ALGUACIL.)*

MARCELO.

Parte pido en las costas.

ALEJANDRO.

Ya fué tarde.

Pedid con desvergüenza y osadía,  
que el pedir no es acción de gente fría.

MARCELO.

Yo, señor...

ALEJANDRO.

¿Qué?

MARCELO.

Soy hombre recatado  
y hago de mi persona mucho precio.

ALEJANDRO.

Gentil prenda me dáis de que sois necio.

MARCELO.

Este es mi gusto.

ALEJANDRO.

Bueno, ¿tenéis gusto?

MARCELO.

Pues qué, ¿soy yo de mármol, soy yo robre?  
yo tengo un gusto muy acreditado.

ALEJANDRO.

Bueno, en mi comisión habéis pecado:  
decid, decid, quizá tendremos presa.

MARCELO.

Yo gusto de romper del mar las ondas  
en galera veloz, y cada día  
descubrir nuevas tierras y ciudades,  
que me sé yo pagar de novedades.  
Que me hagan la salva los clarines,  
al tiempo que á la aurora, me da gusto;  
y aunque el pan coma lleno de gusanos,  
con él engordo y buena sangre crío,  
sólo porque ejecuto el gusto mío.  
En ninguna ciudad puedo estar quieto  
con la curiosidad de ver más mundo,  
que en esta parte mi delito fundo,  
porque habéis de rodear toda la tierra.  
En esta comisión os voy sirviendo,  
que así mi inclinación feliz consigo  
cuando los pasos desta audiencia sigo.

ALEJANDRO.

Y viendo tanto mundo, ¿habéis hallado  
algo con que pasar vejez dichosa?

MARCELO.

Nunca mi inclinación fué codiciosa.

ALEJANDRO.

Porque ministro sois de nuestra audiencia,  
os amonesto que mudéis de gusto,  
y advertid que soy recto y que soy justo.

MARCELO.

Señor...

ALEJANDRO.

No más.

MARCELO.

Una palabra sola.

ALEJANDRO.

Con vuestra relación estoy mareado.  
¡Ofrezco al diablo gusto tan aguado!  
¿Tan burlón es el mar, tan apacible,  
que os fiáis de sus ondas cada día?  
¿Por qué buscáis ciudades donde hay mapa?  
Si allí las hallareis tan bien fingidas,  
y más hermosas, pero más mentidas,  
¿creéis vos que hay más mundo que esta corte?  
Esa calle Mayor es todo el mundo,  
donde se sabe todo y miente todo,  
porque también es mapa deste modo.

*Entran el ALGUACIL y la COCHERA.*

ALGUACIL.

Una cochera traigo.

ALEJANDRO.

¿Cómo, hermano?

ALGUACIL.

Una mujer, señor, decir debiera:  
mas es tan dada á coche, que es cochera:  
así el lugar la llama por mal nombre.

LA COCHERA.

Por el bueno diréis, ministro malo;  
no tengo yo más gusto ni regalo.  
En coche me engendró la madre mía,  
y si á ser natural se vuelve todo,  
que mucho, sí, á querelle me acomodo.

ALEJANDRO.

Decidnos vuestro gusto.

LA COCHERA.

Coche, coche:

el coche pido á Dios de cada día,  
como otras el pan.

MARCELO.

¡Gran fantasía!

LA COCHERA.

Del sol he recibido esta doctrina.  
En coche sale el sol, y en él se pone,  
y así los coches son para las damas,  
pues como el sol, tenemos luz y llamas.  
No quiero yo más gala que ir en coche:  
él es mi mercader, él es mi sastre;  
y al fin un salteador de los poblados,  
que á sus ruedas les ata por despojos  
atrevimientos de lascivos ojos:  
el coche á mí me sabe á lo que quiero.  
Es músico, es galán, es obediente;  
tanto, que rueda para darnos gusto.  
¿Qué no sabe guisar un coche diestro,  
si hasta los gustos del amor sazona?  
Al fin, señor, un coche es gran persona.  
Cierto que á un coche de una amiga mía  
le había de laurear si yo pudiera,  
corona de laureles le pusiera.  
Conserve Dios los coches en España,  
pues que también hay ejes en el cielo,  
sino es que acaso mienten los poetas  
y es la luna y el sol gente pedestre.

ALEJANDRO.

La razón deste gusto nos la muestre.

LA COCHERA.

Por andar dando vueltas todo el día.

ALEJANDRO.

Pues yo os lograré bien la fantasía.  
Ministro...

ALGUACIL.

¡Gran señor!

ALEJANDRO.

Llevalda luego  
á que dé muchas vueltas á una noria,  
pues que sólo en voltear pone su gloria.

LA COCHERA.

Apelo al mismo Apolo, pues él sabe  
lo que es andar en coche.

ALEJANDRO.

No he podido  
negar la apelación.

MARCELO.

Mucho ha sabido.

*(Váuse el ALGUACIL y la COCHERA.)*

Si á todas las que tienen este gusto  
las castigara así vuseñoría,  
anduvieran las norias ocupadas,  
y ellas aun no prudentes ni enmendadas.

*Entran el ALGUACIL y la ALCAHUETA.*

ALEJANDRO.

Escuchad esas voces...

LA ALCAHUETA.

¡Ay, señores!

Qué, ¿hay quién infame el gusto bueno mío?

ALEJANDRO.

¿Quién es esta mujer?

ALGUACIL.

Un monstruo al mundo:  
un gusto peregrino y prodigioso,  
que le debe saber cualquier curioso.

LA ALCAHUETA.

Yo soy tan tierna en años como miras,  
comisario de Apolo, dios modorro;  
digo, el dios que reparte las modorras:  
escúchame risueño y no te corras.

MARCELO.

¿Han visto el desenfado y el despejo?

LA ALCAHUETA.

Son partes importantes de mi oficio;  
por eso las venero y acaricio.  
Al fin, pudiendo yo ser la primera  
en los gustos de amor, porque mis años  
aún no me han predicado desengaños,  
mensajera de amor soy, y recibo  
deleite en estos pasos diligentes,  
sin serles sospechosa á muchas gentes,  
que, como es disonante de mis años  
el cargo de tan nobles embajadas:  
apenas son de nadie maliciadas:  
y soy (no lo creeréis), yo soy...

ALEJANDRO.  
¡Qué enfado!  
Dí lo que eres, mujer, aunque demonio te llames, que no es falso testimonio.

LA ALCAHUETA.  
Yo soy doncella.

MARCELO.  
¿Qué?

LA ALCAHUETA.  
Yo soy doncella.

ALGUACIL.  
¿Doncella y alcahueta? ¡Caso raro!

MARCELO.  
¡Esto es prodigio!

ALGUACIL.  
Yo por tal le tengo.

ALEJANDRO.  
Aunque callo, gran cólera prevengo.  
¿Doncella y alcahueta por oficio?  
¡Del demonio nació tal maestría por disfrazar en falsa fullería!

LA ALCAHUETA.  
Al fin yo me deleito en persuasiones,  
encendiendo los ánimos helados,  
y en dar cuidados donde no hay cuidados.

ALEJANDRO.  
Habrás ganado un monte de dinero.

LA ALCAHUETA.  
No me lleva interés, es gusto mío.

ALEJANDRO.  
¡Notable pérdida, gran desvarío!  
Condénote á doncella eternamente.

ALGUACIL.  
La sentencia no es fácil de cumplilla.

LA ALCAHUETA.  
Yo quiero obedecella y consentilla.

ALEJANDRO.  
¡Todo soy fuego, todo soy infierno,  
que esta mujer me deja casi loco!

MARCELO.  
No digas casi, porque dices poco.

ALGUACIL.  
¿Ha de ser la sentencia ejecutada?

ALEJANDRO.  
Sí, porque hembra que gasta este lenguaje,  
acabe emparedada en doncellaje.  
*(Voces de dentro.)*  
¡El comisario muera, muera, muera!...

ALEJANDRO.  
¿Qué es esto?

ALGUACIL.  
El pueblo todo amotinado,  
porque dicen que el gusto siempre es libre,

y que no ha de rendirse á vil censura,  
que el censurar el gusto es gran locura.

*(Dentro.)*  
¿No muere el comisario?

ALEJANDRO.  
¡Oh santos cielos,  
arrojaré la vara y el oficio,  
que no quiero morir, y el populacho  
en sus resoluciones no da plazo! *(Vase.)*

*(Entran todos.)*  
¿Adónde están el juez y sus ministros?

ALGUACIL.  
¡Huyamos!

MARCELO.  
Aún no sé si ya podremos.  
*(Huyen, entrándose y volviendo á salir.)*

ALEJANDRO.  
¡Ay, que nos siguen!

TODOS.  
¡Mueran!  
ALGUACIL.  
¡Vive Apolo,  
que, según anda el pueblo temerario,  
que cobramos en piedras el salario!

## 68

VI.—El Remendón de la Naturaleza.<sup>1</sup>

DONATO y FLORO.

FLORO.  
Paséome por Madrid, pueblo para mí mientras más largo y extendido, menos cansado, por lo que deleita la vista y el entendimiento con tanta variedad de personas y sucesos. ¡Oh, grande maravilla!; ¡oh, siempre hermoso y constante milagro, hallar en todos tiempos de que admirarse y no admirarse de nada! Vos, muy satisfecho de vuestra vida comadrera, la pasáis entre vuestras vecinas á costa de pocos pasos, pero no sé si de muchos dineros, que las tales mujeres no parecen lerdas en pedir ni aun en ejecutar; que el pedir sólo no fuera muy licenciosa tiranía.

DONATO.  
Mirad, á la que yo deseo agradar, nunca la doy tiempo para que pida, porque siempre la prevengo los deseos; á las damas trato igualmente, excusándome á las peticiones galante y cortés, y si esto no basta, me retiro de su plática despreciador y soberbio.

FLORO.  
Cosas habéis dicho que, para su cumplimiento, es pequeño el poder del más poderoso y

<sup>1</sup> En las *Fiestas de la boda de la incasable malcasada*, Madrid, 1622.

desempeñado príncipe, porque para prevenir los perennes deseos de una mujer tan pediguña y estafadora, que tiene tan grande estómago, que se engulliría á una vuelta de ojos todos cuantos aparadores hay en la platería, y cuantas telas y sedas enriquecen las tiendas de los mercaderes de la puerta de Guadalajara, no es suficiente, no es bastante el dinero de cuatro flotas, pues aquello que dijistes que os despedís de las demás damas altivo y despreciador, es fantasía sólo digna de un fidalgo portugués, con que venís á traer el juicio vestido en el traje extranjero y no en el natural propio.

DONATO.  
Responderé á lo primero, porque lo segundo ello es tal, que con nada se responde mejor que con pasarse en silencio. Digo, pues, que nada me parece más bien en una dama que, ya que llega á pedir, sea con mucha osadía; y pareciéndole que es pequeño triunfo poner todo el mundo á sus pies, porque si yo la conquisto me deleito mucho de ver que he llegado á rendir una soberbia tan desvanecida.

FLORO.  
Mirad, amigo, lo que se compra no se conquista; cuando un alcaide alevé á su príncipe vende por dineros al enemigo una fortaleza, cuya defensa corre por su cuenta, sin esperar á que el ejército contrario menea las armas, allí no hay victoria ni rendimiento, sino venta y compra.

DONATO.  
Dejémoslo ¡por vida vuestra!, que es cansada cosa reducir las materias que son de gusto á disputa; yo me entretengo deste modo, y para mí aquéllo es más bueno que más me agrada.

FLORO.  
Vos hacéis un lindo empleo del tiempo y de la hacienda; mas esperad, que poco á poco hemos llegado al fin de mi jornada. En esta calle ha de vivir la persona que yo busco. Pero ¿qué rótulo es éste que, con tan grandes letras y tan bien doradas, pone codicia de ser leído, porque el oro aun aquí acompañado con la tinta me ha hecho codicioso?

DONATO.  
Codicia de saber, no debe agradecerse al oro, porque la suya es más vil y mecánica; estotra engendra en el entendimiento, pide que él le demos las gracias; leamos, pues, que yo estoy con vos en igual deseo.

FLORO.  
Escuchad, que dice así: «Á esta corte ha venido un sevillano, ingenioso y peregrino, porque con industria enmienda, remienda, pule y perficiona todos los defectos de naturaleza, como si dijésemos: abriga calvas, puebla bocas, acelera barbas por madurar, engruesa y apersona las pantorrillas, finge caderas, destierra nubes y otras muchas cosas que aquí no se refieren. A los ricos servirá por acomodado precio en sus casas, y á los pobres en la suya y de balde.» ¡Por Dios que es gentil personaje éste!

DONATO.  
Bien merece que en despachando vos con el negocio que traéis le hagamos una visita, aunque no tenemos necesidad de su persona, que á los hombres eminentes, y más en artes tan útiles, se les debe toda reverencia y estimación.

FLORO.  
Por Dios que me ha picado tanto lo que propone en el cartel, que pienso dejar el negocio para otro día, porque no corre prisa en su diligencia, y ver si son iguales los cumplimientos á las promesas, aunque esto debe de tener mucho de embuste, que siempre se paga el pueblo de peregrinos asuntos, entrando aprisa en el engaño y saliendo tarde.

DONATO.  
Haced vuestro negocio, que tiempo habrá para todo; que no siempre se hallan las ocasiones cuando se buscan.

FLORO.  
Ya no sabéis cuán picado soy de la curiosidad: tan alterado estoy, tan inquieto, que si tratase otro negocio más que éste diría mil desvarios.

DONATO.  
¿Cómo no responden, habiendo llamado ya dos veces? Mas esperad, que en aquella ventana veo ya un hombre que debe de ser el tal sevillano, porque en la ropa y montera nos da entender que es el señor de casa.

MONTÚFAR.  
¿Son necesitados de naturaleza? Señores, digan lo que quieran, porque yo soy el remendón.

FLORO.  
Señor, no somos necesitados de naturaleza, sino curiosos de ingenio, y así venimos con deseo de besar á vuesa merced las manos por ser una persona tan particular.

MONTÚFAR.  
¡Oh, qué buen gusto de caballeros! Esperéme vuestras mercedes, que ya bajo.

FLORO.  
Graciosa persona tiene el tal remendón; yo he visto zapateros de viejo de mejor talle, y pudiera quejarse la naturaleza de que los remendones del calzado tengan mejores aliños que los suyos; pero como ella no le dió el título, antes bien él se le ha tomado, podrá consolar-se con facilidad, como á quien no le toca parte en la afrenta.

MONTÚFAR.  
Bien venidos sean los caballeros curiosos, que estimo yo mucho que honren esta pobre casilla deste humilde remendón.

FLORO.  
¿Qué dice vuesa merced, humilde remendón? Más honra es ser remendón de la naturaleza que presidir á la monarquía del más ex-

tendido imperio; título es con que pudieran honrarse los mayores príncipes de la tierra; sólo está en que vuesa merced cumpla lo que promete, que si lo consigue es grande varón y digno de gloriosa alabanza.

MONTÚFAR.

Señores, eso ha menester responderse más de espacio, y por ser vuestas mercedes tan bien entendidos, daré satisfacción á su tiempo; agora no puedo porque llaman á la puerta, y es menester acudir con caridad al socorro de los necesitados.

LEL.

Beso á vuesa merced las manos.

MONTÚFAR.

No bese, sino dígame qué necesidad es la suya.

LEL.

¡Ay, mi señor!, muy grande barba por madurar.

MONTÚFAR.

¿Cómo, qué tiene rebeldía? ¿Al fin se le huyen á vuesa merced las barbas? De modo, señor, que á lo que nos da á entender vuesa merced sus barbas no son vagantes y callejeras, sino honestas, retiradas y recogidas.

FLORO.

Dígame vuesa merced: ¿tan buena calidad es ser ya hombre de cuidados, que eso representa la barba que quiere vuesa merced que se la maduren antes de tiempo?

LEL.

¡Pobre de mí y miserable!, que soy profesor de una facultad maldita, en que se mira más á la barba que á la ciencia: soy médico.

DONATO.

Según eso, de aquí en adelante todos los estudiosos de esa facultad podrán venir á esta casa á graduarse en barba y no á las Universidades, que les dan una ciencia tan desaprovechada, que en viniendo lampiña no se hace della caso ni estimación.

FLORO.

Agora se me ha ofrecido un argumento sutil, y aunque sea interrumpir la plática, tengo de proponelle, y digo así: si es verdad que la ciencia de los médicos está en la barba, más saben los barberos que los médicos, porque en sus manos está el dejarlos sin ciencia, cuando les quitan la barba, con rapársela toda, con que vendrán á ser hombres de barba raída y doctores de ciencia rapada.

DONATO.

Sí, pero es gran consuelo hallarse con una ciencia tan fácil de restitución, que consiste en dejarse crecer la barba.

LE.

Adviertan vuestas mercedes que la ciencia de los médicos no está en la barba para con los

hombres sabios, sino en la presunción del vulgo bárbaro, que califica los estudios con los años; y como ha llegado á tanto la miseria de los hombres doctos, que para vivir necesitan de hacer las más ilustres ciencias mecánicas y serviles, es fuerza darle satisfacción al vulgo en lo mismo que él la pide.

MONTÚFAR.

Señor doctor, vuesa merced ha hablado con tanta modestia, que me obliga á tratar del madurativo de su barba de vuesa merced con mucha prisa; espere, por Dios, tentaréla, porque con el manoseo se conoce hasta dónde llega su rebeldía, y qué remedios se le han de aplicar, ya más suaves, ya más violentos. ¡Ay hi de puta de la ruin barba, y qué empedernida está, por Dios, que no madurará en estos dos años á no haberla puesto en mis manos!; pero yo la haré tales beneficios que antes de un mes pueda competir con los bosques de Armenia, y ocultarse en ella cualquier facineroso delincuente.

DONATO.

¿Qué más delincuente que el mismo que ha de traella?

FLORO.

No son esos delitos en que se corre riesgo, porque la alcahueta que los encubre es nuestra común madre.

MONTÚFAR.

Al fin, mi señor, vuesa merced se vaya á su casa y esta noche llame un barbero que le destroce con una navaja esa pobre y mendiga barba que tiene, y á la mañana envíeme aquí un criado muy temprano para que me enseñe la casa, que yo le llevaré una redoma grande de agua en que se bañe la barba nueve días, y verá cómo al fin deste novenario, de modo que en el campo á los últimos del mes de Marzo reverdecen las hojas, florecen los pelos de sus mejillas, y esto con tanta abundancia que podrá ser archieremita.

LE.

Pues, señor, advierta vuesa merced que vacarán muy pronto dos salarios de dos lugares desta comarca, que me estaría cualquiera dellos muy bien; y á fe que si yo llevo la barbaza tan espesa y prolija como vuesa merced me la ha pintado, que me han de aumentar el salario en algunas fanegas de trigo y millares de maravedís. Hágalo vuesa merced con diligencia y brevedad, que si lo hace, después de Dios, deberé á vuesa merced más que á mi padre, pues me engendra en barba, que es lo que me ha de dar de comer. (Vase.)

MONTÚFAR.

Agora que se fué, pues vuestas mercedes son curiosos, les diré un secreto, debajo de juramento, que los dejará admirados. Mas otro porfiado ha llegado á herirme la puerta con la aldaba. Grande necesidad debe de traer: veamos lo que quiere.

FAUS.

¿Lo que quiero, señor? Mucho quiero y todo lo he menester.

DONATO.

Si todo lo habéis menester, aunque queráis mucho, no queréis más de lo necesario.

FIL.

Á buena parte habéis venido, porque el señor Montúfar es tan caritativo que acudirá con liberal piedad á vuestro remedio.

FAUS.

Á tus pies me pongo, remendón supremo; á tus pies me pongo, superior tracista; consuela, anima y socorre á este fatigado que se le van huyendo todos los vecinos; y moradores de su boca; púeblela de los que la faltan, que si tanto beneficio recibo de tu mano, no acusarás de lerdo y duro á mi agradecimiento.

DONATO.

Por vida mía que esta lástima ha rotpido mi corazón. Señor, endentalde aprisa, pues sin dientes no podrá comer y sin comer no puede vivir un hombre.

FLORO.

Si él hubiera tenido los dientes tan duros como esa palabra endentalde, á fe que los llevara enteros á la sepultura.

DONATO.

Pues sabéis vos que de pocos días acá está el lenguaje muy licenciado, dejadme usar destas licencias y agradecedme que no me aprovecho de otras mayores.

FAUS.

No sé quién de vuestas mercedes dijo que me hacían los dientes falta para comer; y ¡qué bien dijol; eso es tan cierto que, siendo yo muy pobre, estoy tratado de casar en mi tierra con una prima mía muy rica; y dícame un tío de entrambos, que ha sido el casamentero, que si me ve desdentado se deshará el matrimonio; con que á mí, más propiamente que á nadie, me habrán hecho los dientes falta para comer.

FLORO.

Amigo, por amor de Dios, que no os caséis sin tener muy buena dentadura, porque las mujeres, el día de hoy, son tan libres y soberbias que, aun á maridos que las muestran dientes, no obedecen. Ved cómo lo pasarán con ellas aquellos que no pueden mostrárselos.

FAUS.

¡Ay, señor, que yo no quiero tener dientes para mostrárselos, sino para comer con ellos, y el día que yo comiere con ellos, yo le doy licencia para que disponga de su vida, conforme á las leyes de su capricho!

MONTÚFAR.

Bueno, bueno; marido sois desta data; casaos aprisa, que á pocos días, del marfil que os sobrare, labraren dientes para todos los desdentados de la cristiandad.

FAUS.

¡Ay, señor, que yo no puedo casarme sin dientes, porque la mujer que me espera, aunque, según dicen, no es niña, sino muy entrada en años, quiere marido con muy buena dentadura!

MONTÚFAR.

Agora digo que si ella es vieja, como confesáis, pedís justicia, porque para comer carne tan dura buenos dientes son menester.

FAUS.

¿Tan dura es la de una vieja?

DONATO.

Más dura es que la de un alano de estos que tienen siempre secretos con las vacas, y así por esto las buscan con tanto cuidado la oreja.

FAUS.

Pues señores, beso á vuestas mercedes las manos, que yo despido desde luego matrimonio tan duro; pienso que, aun los dientes naturales, no bastaran para roer este hueso. Mirad qué hicieran los postizos. Adiós, adiós.

FLORO.

¡Válate Dios el hombre, y qué buen gusto has tenido! Mucho le envidio el desenfado con que ha salido deste matrimonio.

DONATO.

Así pudiéramos salir todos desta cárcel con la misma facilidad, que por Dios que no había de ser él el primero.

MONTÚFAR.

Adiós, que llaman á la puerta, y muy de prisa; este hombre debe de venir muy necesitado.

ROB.

Sin hablar, en descubriéndome la cabeza, represento mi necesidad, pues la barba no lo dice menos: sacadme, por Dios, de entre tanta nieve, que me hielo, que me muero de frío.

DONATO.

Basta, que este hombre pide embozo; pide disfraz para sus canas, siendo la prenda que más autoriza.

ROB.

Esta es una autoridad muy fría, y sólo es buena para un mendigo que, á título de decir pobre y viejo, halla más piedad en los caritativos.

DONATO.

Basta, que es también vuesa merced tintorero de canas. Pues ¿cómo no lo dice en el rótulo?

MONTÚFAR.

Ahí va incluso en la palabra que dice, y otras muchas cosas que aquí no se refieren.

FLORO.

Pues señor, entremos en el tinte, y socorra vuesa merced la necesidad deste caballero.